

EPIFANÍA

Nuestra cultura popular asocia ancestralmente la festividad de la Epifanía con los regalos de los Reyes Magos, sabios de Oriente, que, según el texto de Mateo (Mt 2, 1-12), presentaron a Jesús, recién nacido, los dones de los que eran portadores: oro, incienso y mirra.

Nosotros mismos hemos vivido en nuestra infancia la mágica noche, víspera de la Epifanía, con la ilusionada y expectante ansiedad por comprobar si nuestros fantásticos sueños y nuestros infantiles deseos habían tomado forma, en mayor o menor medida, en el mundo real.

No existía lógica alguna capaz de quebrar la



firmes convicción en la frenética actividad de los Magos de Oriente durante tan prodigiosa y fascinante noche.

Hemos mantenido esta gratificante tradición primero con nuestros hijos y, cuando ya declina la luz sobre nuestro horizonte, con nuestros nietos.

Hoy mis reflexiones, sin relegar ni añorar las anteriores consideraciones, asumen otros derroteros más en consonancia con la raíz etimológica del término.

La festividad litúrgica de la Epifanía, es conocido, tuvo su origen en el Oriente cristiano. La tradición se remonta al s.III y me resulta significativo, por su contenido, que precediera a la conmemoración de la Navidad, tal como celebramos en Occidente el nacimiento de Jesús.

La voz griega “epiphaneia” significa “manifestación”. En el Oriente cristiano tres relatos evangélicos se han considerado como acontecimientos salvíficos, cuya celebración conjunta se evoca en esta festividad: Adoración de los Magos, Bautismo de Cristo por Juan y Primer milagro realizado en las Bodas de Caná. Se trata, por tanto, de la “manifestación” de Jesús, Hijo de Dios, al mundo.

Cuando en los días que preceden a la Epifanía observo el discurrir bullicioso del gentío que abarrotaba avenidas y centros comerciales me cuestiono si, en un proceso de ida y vuelta, no hemos retornado a la celebración pagana del solsticio de invierno, tal vez velado con la superficial presencia de los misterios evangélicos.



Transcurrida ya la primera década del s. XXI ¿qué transmite la festividad religiosa de la Epifanía hoy al creyente cristiano? Al reflexionar e intentar dar respuesta coherente al interrogante aflora en mi mente la perícopa de Mateo 25, 31-46 y sobre todo “cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mi me lo hicisteis” (v.40). Y es que la “manifestación” de Dios encarnado, estoy convencido, se hace hoy presente en los rostros de los preferidos de Jesús y convocados (“venid, benditos...”, v.34) por el Señor de la Historia.

Son rostros con nombres y apellidos, aunque a veces lleguen a nosotros solapados en los fríos datos de una estadística.



“El Pan Nuestro” asociación benéfica que regenta un comedor social en San Fernando – Cádiz -, localidad que no alcanza los cien mil habitantes reparte 5.424 comidas y 611 desayunos al mes. Una obra que se inició hace ya 19 años y que no ha dejado ni un sólo día las puertas cerradas.

Un informe de “Caritas” estima que en España hay 1.400.000 hogares en los que ningún miembro trabaja y 500.000 han agotado todos los sistemas de ayuda y no tienen ningún tipo de ingreso.

Si desde nuestro entorno más inmediato dirigimos nuestra atención a la situación global en el mundo resultan dramáticas las incidencias descritas por organizaciones tan consideradas como “Manos Unidas”, “Amnistía Internacional”, “Asociación Española para el Derecho Internacional de los Derechos Humanos” (AEDIDH) y otras similares.

A punto de concluir estas reflexiones llega a mis manos el “Informe sobre la situación en el CIE (Centro de Internamiento para Extranjeros) de Madrid”, correspondiente al año 2011 y elaborado por la “Fundación San Juan del Castillo”, Servicio Jesuita a Migrantes. El docu-



mento denuncia las irregularidades y el trato vejatorio y denigrante de que son objeto con sorprendente asiduidad los alojados en este Centro. Insinúa, asimismo, que lo descrito en el “Informe” es lamentablemente extensible a otros CIEs del territorio español.

Los discípulos de Jesús no podemos ignorar tan dramáticas historias personales. No es coherente, para el creyente cristiano, celebrar la Epifanía como conmemoración de la Adoración de los Magos de Oriente, postrados ante Jesús recién nacido, sin considerar y asumir el compromiso derivado de la “Epifanía” de Jesús en todos aquellos hermanos que, según Mt 25, son hoy expresión real de Dios encarnado.

San Fernando, 31 de diciembre de 2011

Salvador Egea Solórzano